

poblacion? En la plaza de la Grève y á la luz del sol, menos mal; ¡pero en la barrera de Santiago y á las ocho de la mañana! Quién vá á verlo? ¿Quién sabe que vais allí á matar á un hombre? ¿Quién cree que esa muerte vá á servir de ejemplo, como no sea á los árboles vecinos?...

¿No veis que así se hacen de tapadillo las ejecuciones públicas? ¿No veis que las ocultais? ¿Es que os causan miedo y vergüenza, y balbuceais ridiculamente vuestro *discite justitiam poniti*? ¿Es que en vuestro interior estais conmovidos, inquietos y poco seguros de tener razon, y participais de la duda general y cortais cabezas por rutina, sin saber bien lo que haceis? ¿No sentís en el fondo del corazon que por lo menos habeis perdido el sentimiento moral y social de la mision de sangre que vuestros predecesores, los antiguos parlamentarios, cumplian con tranquilidad de conciencia?... Otros muchos, antes que vosotros, han decretado penas capitales, pero creyéndolas ajustadas al derecho, á la justicia y al bien público: Jouven, el de los Ursinos, se creia que era un juez; Elías de Thorrette tambien; Laubardemont, La Reynie y Laffemas tambien se figuraban ser jueces; pero vosotros, en vuestro fuero interior, no estais muy seguros de no ser asesinos. Dejais la plaza de la Grève por la barrera de Santiago, la muchedumbre por la soledad, el dia por el crepúsculo. No obráis con tranquilidad, porque os ocultais para obrar.

Hé aquí, pues, ya demolidas todas las razones alegadas en pró de la pena de muerte; hé aquí vuestros silogismos reducidos á la nada; hé aquí vuestros requisitorios barridos y reducidos á cenizas; el menor toque de la lógica los disuelve.

Que los partidarios del rey vengan ahora á pedirnos cabezas á nosotros, jurados, á nosotros, hombres, asegurándonos que así protegen á la sociedad, que así satisfacen á la vindicta pública y que así imponen una pena ejemplar. Eso no es más que retórica, ampulosidad, fárrago, nada. Dad un alfilerazo á esas hipóboles y se deshincharán. En el fondo de esa empírica verbosidad solo encontrareis dureza de corazon, crueldad, barbarie, deseo de probar el celo, necesidad de ganar honorarios. Callaos, mandarines! Es difícil de pensar con sangre fria lo que es el procurador real criminal. Es un hombre que se gana la vida enviando á los otros al patíbulo. Es proveedor titular de la plaza de la Grève. Ade-

más, tiene pretensiones de poseer estilo, de ser escritor, de ser elocuente; recita, cuando lo tiene por conveniente, uno ó dos versos latinos antes de pedir la pena de muerte; trata de producir efecto é interesa su amor propio en hacer perder la vida ajena; tiene modelos que imitar, tipos difíciles de ser copiados; tiene sus clásicos, su Bellart, su Marchangy, como un poeta á Racine y otro á Boileau. En el debate se inclina á la guillotina; es su papel, es su estado. Su requisitorio es su obra literaria; la adorna con metáforas, la perfuma con citas, la embellece en la Audiencia, la hace agradable á las damas. Tiene su bagaje de lugares comunes, bastante nuevos aun para las provincias; sus elegantes alocuciones, sus citas y sus refinamientos de escritor. Odia la palabra propia, casi tanto como nuestros poetas trágicos la escuela de Delille. No citará nunca las cosas por su verdadero nombre; viste las ideas cuya desnudez es repugnante con disfraces completos de epítetos y de adjetivos. Hace que Sanson sea presentable; cubre de gasa la cuchilla de la guillotina; pinta de colores la báscula y envuelve el cesto rojo en una perifrasis de modo que no se conozca. Representáosle por la noche en su gabinete, elaborando despacio y con comodidad la arenga que haga levantar un cadalso dentro de seis semanas. Le vereis sudando agua y sangre para encajar la cabeza de un reo en el artículo más fatal del Código, y serrar con una ley mal hecha el cuello de un miserable. Observad cómo pone en infusion, en un barro líquido de tropos y de sinécdoques, dos ó tres textos venenosos para exprimirlos y extraer con gran trabajo la muerte de un hombre. ¿No es verdad que mientras él escribe bajo la mesa, y en la sombra, parece que deba estar el verdugo tendido á sus piés, y que él debe dar descanso á la pluma para decirle de vez en cuando, como el amo al perro:—Cállate! cállate! que te voy á dar un hueso?

Por otra parte, en su vida privada, este funcionario público puede ser un hombre honrado, buen padre, buen hijo, buen marido y buen amigo, como dicen todos los epitafios del cementerio del Padre Lachaise.

Creemos que está próximo el dia en que la ley suprime esos funcionarios públicos: solo el aire de la civilizacion debe en un tiempo dado gastar la pena de muerte.

Muchas veces nos inclinamos á creer

que los defensores de la pena de muerte no han reflexionado bien lo que ésta es. Pero pesad en la balanza, de cualquier crimen que se trate, el derecho exorbitante que la sociedad se arroga de quitar lo que no ha dado y de imponer la pena más irreparable de todas las penas; y una de dos cosas: ó el hombre que así se castiga no tiene familia, ni padres ni á nadie en el mundo, y por lo tanto no recibió ni educacion, ni instruccion, nadie ha cultivado su espíritu ni ha enderezado su corazon: en este caso, ¿con qué derecho matais á ese miserable huérfano? ¿Le castigais por haber pasado la infancia en el abandono de la sociedad, imputándole como delito el aislamiento en que le habeis dejado? Su desgracia la convertís en crimen. Nadie le enseñó á saber si obraba bien ó mal; su ignorancia le pierde, pero vosotros matais á un inocente. O este hombre tiene familia; entonces, ¿creeis que al ahorcarle lo herís á él solo? ¿Que su padre, su madre y sus hijos no echarán sangre por su herida? Al matarle decapitais á toda su familia, y en este caso tambien castigais á los inocentes. ¡Torpe y ciega penalidad, que á cualquiera parte que se dirija castiga siempre al inocente!

A ese hombre culpable que tiene familia secuestradle: en la prision todavía podrá trabajar para los suyos. ¿Pero cómo les ha de proporcionar recursos desde el fondo de la tumba? ¿Pensais sin extremeceros en los niños y las niñas á los que robais el padre, esto es, su manutencion? ¿Es que contais con esa familia para que ocupen dentro de quince años ellos el presidio y ellas la galera?

En las colonias, cuando una sentencia de muerte mata á los esclavos, se destinan mil francos de indemnizacion al propietario del hombre ahorcado. ¿Recompensais al amo y no indemnizais á la familia? Aquí tambien robais un hombre á los que lo poseen, ¿y no lo poseen con título mucho más sagrado que el esclavo con respecto al amo, como es la propiedad del padre, el bienestar de la mujer ó el porvenir de los hijos? Acusamos antes á esa ley de asesinato y ahora la acusamos de robo.

Pero aun nos queda algo más que decir. Pensais en el alma del culpable? ¿Sabéis en qué estado se encuentra? ¿Cómo os atreveis á expedirla con tanta ligereza? Al menos, antiguamente el pueblo tenia fé; y en el momento supremo, el ambiente religioso que se respiraba enternecía al hombre más duro; el culpa-

ble era al mismo tiempo penitente; la religion le abria otro mundo cuando la sociedad le cerraba éste; todas las almas tenian la conciencia de Dios y el patíbulo solo era la frontera del cielo. ¿Pero qué esperanza teneis en el cadalso ahora que la hez de la muchedumbre no cree ya? ¿Ahora que todas las religiones se desvencijan, como los antiguos buques que se pudren en nuestros puertos y que antiguamente quizás descubrieron mundos? ¿Con qué derecho lanzais, sin saber á dónde, las almas oscuras de los reos, las almas tales como las volvieron Voltaire y Pigault-Lebrun? Las entregais al cura del presidio, excelente anciano, sin duda; pero, cree y puede hacer creer? ¿No toma como una servidumbre su trabajo sublime? ¿Es que teneis por un sacerdote á ese buen hombre que se co-dea en la carreta con el verdugo? Un escritor de talento y de corazon ha dicho antes que nosotros: *Es cosa horrible conservar el verdugo despues de haber suprimido al sacerdote.*

Esto solo son, sin duda alguna, razones sentimentales, como las llaman los desdenosos, que solo conocen la lógica de su pensamiento; á nuestro parecer estas razones son las mejores. Además, las dos series se corresponden, no lo olvidemos. *El tratado de los delitos* está calcado sobre el *Espíritu de las leyes*; Montesquieu engendró á Beccaria.

La razon, el sentimiento y la experiencia están de nuestra parte. En los Estados modelos, en los que la pena de muerte está abolida, el número de los crímenes capitales está de año en año en baja progresiva. Meditad bien este hecho.

No pedimos, sin embargo, en el momento la brusca y completa abolicion de la pena de muerte, como se empeñó aturdidamente la Cámara de diputados. Deseamos, por el contrario, que se tenga en esta cuestion la precaucion y el tacto de la prudencia. Además, no deseamos únicamente la abolicion de la pena de muerte; queremos una reforma completa de la penalidad bajo todas sus formas, de arriba á abajo, desde el cerrojo hasta la cuchilla, y el tiempo es uno de los ingredientes que debe entrar en semejante trabajo para que sea perfecto. Trataremos de desenvolver en otra parte el sistema de ideas que á este asunto creemos aplicable. Pero con independencia de las aboliciones parciales para los casos de moneda falsa, de incendio y de robos calificados, etc., pedimos que desde ahora en todos los delitos

capitales, el presidente proponga al jurado esta pregunta: *¿El acusado obró por pasión ó por interés?* Y que en el caso de que el jurado respondiese: *El acusado obró por pasión*, que no hubiera condena de muerte. Esto nos ahorraría ejecuciones repulsivas. Ulbach y Debacker se hubieran salvado y no se guillotinaría á Otel.

Por lo demás, hay que desengañarse; la cuestion de la pena de muerte madura todos los dias y dentro de poco la sociedad la resolverá como nosotros. Observen los criminalistas más testarudos que la pena de muerte se vá suavizando, cada dia se dulcifica más; signo de decrepitud, signo de debilidad, signo de muerte próxima. La tortura, la rueda y la horca desaparecieron, porque ¡cosa extraña! la guillotina es un progreso. Guillotin era un filántropo. Sí; la horrible Themis, dentada y voraz, de Farinacci y de Vonglans, de Delancre, de Isaac Loisel, de Oppède y de Machanet, decae, enflaquece, muere. La plaza de la Grève ya la aborrece y se rehabilita: la antigua bebedora de sangre se ha portado bien en el mes de Julio; quiere tener mejor vida de hoy en adelante y permanecer digna de su última buena accion. Vuelve á ser pudorosa la que desde hace tres siglos se habia prostituido á todas las horcas, y quiere perder su reputacion infame; rechaza al verdugo y lava su empedrado.

En la actualidad la pena de muerte está ya fuera de Paris, y salir de Paris es salir de la civilizacion. Todos los síntomas nos son favorables; parece que esa repugnante máquina se desanima y obra con repugnancia, ó mejor dicho, que ese mónstruo de madera y de hierro es á Guillotin lo que Galatea es á Pygmalion. Miradas por cierto lado las espantosas ejecuciones que hemos detallado, ofrecen signos excelentes. La guillotina vacila y está próxima á dar el golpe en vago; todo el viejo andamiaje de la pena de muerte se deshace. La infame máquina saldrá de Francia segun pronosticamos y, si Dios quiere, saldrá á galope, porque tratamos de asestarla golpes tremendos.

Que vaya á buscar hospitalidad en otra parte, á algun pueblo bárbaro, no á la Turquía, que se civiliza; no á los salvajes, que no la admitirian (1); que descienda algunos escalones más en la escala de la civilizacion.

(1) El Parlamento de Otahiti acaba de abolir la pena de muerte.

El edificio social del pasado descansa sobre tres columnas, el sacerdote, el rey y el verdugo: hace ya muchísimo tiempo que una voz dijo: *¡Los dioses se van!* Ultimamente otra voz gritó: *¡Los reyes se van!* Ya es tiempo ahora de que otra voz diga gritando: *El verdugo se vá!*

Así la antigua sociedad irá cayendo piedra tras piedra; así la Providencia completará el hundimiento del pasado. A los que echan de menos á los dioses, se les puede decir: nos queda Dios. A los que echan de menos á los reyes, se les puede contestar: nos queda la pátria. A los que echaran de menos al verdugo, nada se les podría decir. No creais que el orden desaparecería con el verdugo. La bóveda de la sociedad futura no se asolará por no tener esa llave repugnante. La civilizacion no es más que una serie de transformaciones sucesivas. La dulce ley de Cristo penetrará en su código y deramará en él sus rayos. Se considerará el crimen como una enfermedad, y esta enfermedad tendrá sus médicos, que reemplazarán á vuestros jueces, y sus hospitales, que reemplazarán á los presidios. La libertad y la salud se asemejarán: se derramará el bálsamo y el aceite donde se aplicaba el hierro y el fuego; se tratará por medio de la caridad lo que se trataba por medio de la cólera. Esto será sencillo y sublime. La cruz sustituirá á la horca.—Hé aquí todo.

15 Marzo 1832.

## UNA COMEDIA

### A PROPÓSITO DE UNA TRAGEDIA. (1)

#### PERSONAJES.

MADAME DE BLINVAL.  
EL CABALLERO.  
ERGASTO.  
UN POETA ELEGÍACO.  
UN FILÓSOFO.  
UN SEÑOR GORDO.  
UN SEÑOR DELGADO.  
DOS MUJERES.  
UN LACAYO.

#### UN SALON.

UN POETA ELEGÍACO (*leyendo*). . . . .

Pasos se oyeron al siguiente dia

(1) Esta especie de prefacio en diálogo que sigue, acompaña á la cuarta edicion francesa del *Ultimo dia de un reo de muerte*. Al leerlo debe recordarse que las primeras ediciones de este libro se publicaron promoviendo mil objeciones políticas, morales y literarias.

que en la arboleda próxima sonaban, y oyóse al mismo tiempo y á lo largo del rio, un perro errante que ladraba; y cuando fué á sentarse la doncella, llorando y lleno el corazon de alarma, en la alta torre del Chalet antiguo, de las olas oyó el gemido, Isaura, mas no oyó la infeliz ya la mandora (1) del gentil menestral que idolatraba.

TODO EL AUDITORIO.—Bravo! Bien! ¡Muy bien!... (*Aplauden.*)

MADAME DE BLINVAL.—Encuentro que tiene ese final un misterio indefinible que hace asomar lágrimas á los ojos.

EL POETA ELEGÍACO.—La catástrofe está velada.

EL CABALLERO (*moviendo la cabeza*).—*Mandora, menestral! ¿eso es romántico?*

EL POETA ELEGÍACO.—Sí, señor; pero romántico razonable, lo verdaderamente romántico. Es preciso hacer algunas concesiones á la época.

EL CABALLERO.—Nada de concesiones; de ese modo se pierde el gusto. Yo daría todos los versos románticos por estos cuatro:

Saber hicieron al gentil Bernardo, no solo Citerea, sino Pindo, que el Arte de Agradar cenaba el sábado con el Arte de Amar á domicilio.

Hé aquí la verdadera poesia! *El Arte de Amar que cena el sábado á domicilio con el Arte de Agradar*; eso es precioso! Pero hoy dia la *mandora* y el *menestral!* Ya no se escriben *poesías fugitivas*. Si yo fuera poeta escribiría *poesías fugitivas*, pero no lo soy.

EL POETA ELEGÍACO.—Sin embargo, las elegías...

CUALQUIERA (*al POETA*).—Una observacion, si me permitís; ¿por qué decís *Chalet antiguo* y no *gótico*?

EL POETA ELEGÍACO.—*Gótico* no se dice en verso.

CUALQUIERA.—Ah! eso es diferente.

EL POETA ELEGÍACO.—Ya veis, señor, que no quiero excederme: no soy de los que pretenden desorganizar la versificación francesa y hacernos retroceder á los tiempos de Ronsard y de Brèbeuf. Soy romántico, pero moderado. Me sucede en esto como con las emociones; me gustan dulces, vagas, melancólicas, pero no sangrientas ni horrorosas, y que las catástrofes se presenten veladas; pero hay locos, hay imaginaciones delirantes que... A propósito: ¿habeis leído la última novela?

(1) Laud de cuatro cuerdas.

LAS SEÑORAS.—¿Qué novela?

EL POETA ELEGÍACO.—*El último dia de un reo de muerte.*

UN SEÑOR GORDO.—Basta; el título solo me ataca los nervios.

MAD. BLINVAL.—Y á mí tambien. Es un libro horroroso.

LAS SEÑORAS.—A ver, á ver; veámosle.

CUALQUIERA.—El último dia de...

EL SEÑOR GORDO.—Muchas gracias, señoras.

MAD. BLINVAL.—En efecto, es un libro abominable, es un libro que dá pesadillas, que nos hace enfermar.

UNA MUJER (*en voz baja*).—Será preciso que yo lo lea.

EL SEÑOR GORDO.—Debemos convenir en que las costumbres se pervierten de dia en dia. Es una horrible idea la de desenvolver, ahondar y analizar uno tras otro los sufrimientos físicos y las torturas morales que debe experimentar el hombre condenado á muerte en el dia de la ejecucion. Eso no es una atrocidad? ¿Es posible que haya escritor á quien se ocurra esta idea y público que lea á ese escritor?

EL CABALLERO.—Eso es, en efecto, muy impertinente.

MAD. DE BLINVAL.—¿Quién es el autor de ese libro?

EL SEÑOR GORDO.—Se publicó anónimo en la primera edicion.

EL POETA ELEGÍACO.—El autor ha escrito ya dos novelas, cuyos títulos no recuerdo. La primera empieza en la Morgue y concluye en la plaza de la Grève: en cada capítulo sale un ogro que se come un niño.

EL SEÑOR GORDO.—¿Y habeis leído esa novela?

EL POETA ELEGÍACO.—Sí, señor; la escena acaece en Islandia.

EL SEÑOR GORDO.—En Islandia! ¿eso es espantoso!

EL POETA ELEGÍACO.—El autor ha escrito además odas y baladas, y no sé qué otras cosas, en las que salen mónstruos que tienen *los cuerpos azules*.

EL CABALLERO (*riendo*).—Así se deben escribir versos pintorescos.

EL POETA ELEGÍACO.—Ha publicado tambien un drama, ó cosa parecida, en el que se encuentra este hermoso verso:

*Demain vingt-cinq juin mil sixcent cinquante-sept.*

CUALQUIERA.—Ah, qué verso!

EL POETA ELEGÍACO.—Un verso que pue-

de escribirse con números, verbi y gracia.

Mañana 25 Junio 1657.

(Todos se rien.)

EL CABALLERO.—¡Es cosa muy chocante la poesía actual!...

EL SEÑOR GORDO.—Ese hombre no sabe versificar. Cómo se llama?

EL POETA ELEGÍACO.—Tiene el nombre tan difícil de retener como de pronunciar, porque participa del godo, del visigodo y del ostrogodo.

MAD. BLINVAL.—Debe ser un hombre feo.

UN SEÑOR GORDO.—Un hombre abominable.

UNA JÓVEN.—Quien lo conoce me ha dicho que...

EL SEÑOR GORDO.—Qué os ha dicho?

UNA JÓVEN.—Que es hombre sencillo, tierno, que vive retirado y que pasa el día jugando con sus niños.

EL POETA ELEGÍACO.—Y las noches en trazar sus obras en las tinieblas: señores, sobre esto se me acaba de ocurrir un verso:

*Et ses nuits à rever des œuvres de tenebres;*

tiene muy bien colocada la cesura, y no tiene otro consonante más que *fúnebres*.

MAD. DE BLINVAL.—*Quidquid tentabat dicere, versus erat.*

EL SEÑOR GORDO.—¿Decís que el autor de que nos ocupamos tiene hijos? Imposible, señora; no se pueden tener habiendo escrito una novela tan ferroz.

CUALQUIERA.—¿Con qué objeto la escribió?

EL POETA ELEGÍACO.—No lo sé.

UN FILÓSOFO.—Segun parece, con la idea de contribuir á la abolicion de la pena de muerte.

EL SEÑOR GORDO.—Qué horror!

EL CABALLERO.—¿Será, pues, un desafío con el verdugo?

EL POETA ELEGÍACO.—Odia mortalmente la guillotina.

EL SEÑOR DELGADO.—Entonces el libro solo contendrá declamaciones.

EL SEÑOR GORDO.—Todo lo contrario; apenas se ocupa en dos páginas del texto de la pena de muerte; casi todo él se pasa describiendo sensaciones.

EL FILÓSOFO.—Pues eso es un error; el objeto merece serios razonamientos. Un drama y una novela no prueban nada; además, yo he leído el libro y es malo.

EL POETA ELEGÍACO.—Detestable! ¿Está sujeto á las reglas del arte? No; lo que hace el autor en él es rebasar los límites y romper los moldes. Podría pasar la obra si conociésemos al criminal; pero nos es desconocido. ¿Qué hizo? No lo sabemos. Quizás es un pícaro malvado, y no debe interesarnos el hombre á quien no conocemos.

EL SEÑOR GORDO.—No debe abusarse del derecho de hacer experimentar al lector los sufrimientos físicos; cuando veo que matan en las tragedias, nada me importa; pero esa novela os hace erizar el cabello y os hace tener espantosos sueños; á mí me costó estar dos días en cama por haberla leído.

EL FILÓSOFO.—Añadid á eso que es un libro frío y acompasado.

EL POETA ELEGÍACO.—Un libro!... ¡un libro!...

EL FILÓSOFO.—Sí; como decíais hace poco, no se encuentra en él la verdadera estética. No me interesa una abstraccion ni una entidad pura; no veo en él una personalidad que se adapte á la mia. El estilo ni es sencillo ni claro, es arcaico. ¿No decíais esto mismo?

EL POETA ELEGÍACO.—Sin duda. No trata de ninguna personalidad.

EL FILÓSOFO.—El reo no es interesante.

EL POETA ELEGÍACO.—¿Cómo ha de interesar si comete un crimen y no tiene remordimientos? Yo hubiese hecho lo contrario; hubiera referido la historia del reo, nacido de padres honrados; le hubiera dado buena educacion, amor, celos, y le hubiera hecho cometer un crimen que en cierto modo no lo fuese, y despues tendria remordimientos, muchos remordimientos; pero las leyes humanas son implacables, y seria preciso que muriese; y entonces venia bien el tratar de la cuestion de la pena de muerte.

MAD. BLINVAL.—Ah!... Ah!...

EL FILÓSOFO.—Perdonad, pero el libro concebido de esa manera no probaria nada. La particularidad no se rige por la generalidad.

EL POETA ELEGÍACO.—Podia haber elegido un héroe, por ejemplo, á Malesherbes, al virtuoso Malesherbes, su último día y su suplicio. Entonces sí que hubiera presentado un hermoso y noble espectáculo. Entonces me hubiera arrancado lágrimas y, estremecido, hubiera querido subir al patíbulo con él.

EL FILÓSOFO.—Yo no.

EL CABALLERO.—Ni yo. Malesherbes, en el fondo, era un revolucionario.

EL FILÓSOFO.—El patíbulo de Malesherbes nada prueba contra la pena de muerte en general.

EL SEÑOR GORDO.—La pena de muerte! ¿Qué necesidad hay de ocuparse de esto? ¿Qué os importa la pena de muerte? Debe ser el autor un mal nacido cuando se empeña en darnos una pesadilla con semejante libro.

MAD. BLINVAL.—Sí; debe tener mal corazón.

EL SEÑOR GORDO.—Nos obliga á pasar revista á las cárceles, llevándonos á las prisiones de Bicetre, y eso es muy desagradable. Ya sabemos que son cloacas; ¿pero qué le importa á la sociedad?

MAD. BLINVAL.—Los que las construyeron no eran niños y ya sabian lo que se hacian.

EL FILÓSOFO.—Sin embargo, cuando se presenta ó se trata de describir con verdad...

EL SEÑOR DELGADO.—Pues justamente eso es lo que falta al autor, la verdad. ¿Qué sabe un poeta de semejantes materias? Para tratarlas con acierto es preciso ser lo menos procurador del rey. Leí una cita que trae un diario de ese libro, que dice que el reo quedó callado cuando le leyeron la sentencia de muerte; y yo ví un sentenciado que en ese momento lanzó un grito espantoso. ¡Ya veis!...

EL FILÓSOFO.—Permitidme...

EL SEÑOR DELGADO.—Además, señores, es de mal gusto ocuparse de la guillotina y de la plaza de la Grève; la prueba es que ese libro, que corrompe el gusto, os incapacita de sentir emociones puras, frescas y naturales. ¿Cuándo aparecerán los defensores de la sana literatura? Quisiera poderlo ser y que mis trabajos me dieran el derecho á sentarme en la Academia francesa.—Hé aquí el señor Ergasto que entra. ¿Qué pensais del *Ultimo día de un reo de muerte*?

ERGASTO.—Os aseguro que no lo he leído ni lo leeré. Cenando ayer en casa de Mad. de Senauge, la marquesa de Morival habló de él al duque de Melcourt. Se dice que hay alusiones personales á la magistratura y sobre todo al presidente Alimont. El abate de Floricour está tambien indignado porque parece que en un capítulo se habla contra la religion y en otro con-

TOMO I.

tra la monarquía. ¡Si yo fuese procurador del rey!...

EL CABALLERO.—Seriais procurador del rey; pero y la Carta!... ¡y la libertad de la prensa! Sin embargo, es odioso un poeta que quiere suprimir la pena de muerte. En el antiguo régimen nadie se hubiera atrevido á publicar una novela contra la tortura; pero desde que se tomó la Bastilla se puede escribir de todo. Los libros hacen mucho daño.

EL SEÑOR GORDO.—Mucho. Estábamos tranquilos sin pensar en nada. De vez en cuando en Francia se cortaba una cabeza por aquí y otra por allá, dos todo lo más por semana, pero sin ruido y sin escándalo. Nadie decia nada ni se ocupaba de ello... pero hé aquí que se publica un libro, un libro que dá horrible dolor de cabeza.

EL SEÑOR DELGADO.—Es el mejor medio para que un jurado lo condene despues de leerlo.

ERGASTO.—Eso turba las conciencias.

MAD. BLINVAL.—¿Quién hubiera creido que produjese tanto efecto una novela?

EL POETA ELEGÍACO.—Los libros son con frecuencia un veneno subversivo del orden social.

EL SEÑOR DELGADO.—Y tambien de la lengua, que los románticos revolucionan.

EL POETA ELEGÍACO.—Distingamos, señores; hay románticos y románticos.

EL SEÑOR DELGADO.—Los que produce el mal gusto.

ERGASTO.—Teneis razon, el mal gusto.

EL FILÓSOFO.—Se dicen cosas que ya no se oyen ni en la calle de Monffetard.

ERGASTO.—Es un libro abominable!

MAD. BLINVAL.—Pues arrojadle al fuego.

EL CABALLERO.—Hablemos de vuestros tiempos, que de entonces acá todo se ha depravado, gusto y costumbres; ¿os acordais de vuestros tiempos, madame Blinval?

MAD. BLINVAL.—No, no los recuerdo.

EL CABALLERO.—Eramos el pueblo más tierno, más alegre y más espiritual de Europa. Siempre teníamos fiestas y hermosos versos, en aquel tiempo éramos felices. ¿Hay algo más galante que el madrigal de La Harpe sobre el gran baile que la mariscalca de Mailly dió en mil setecientos... el año de la ejecucion de Damiens?

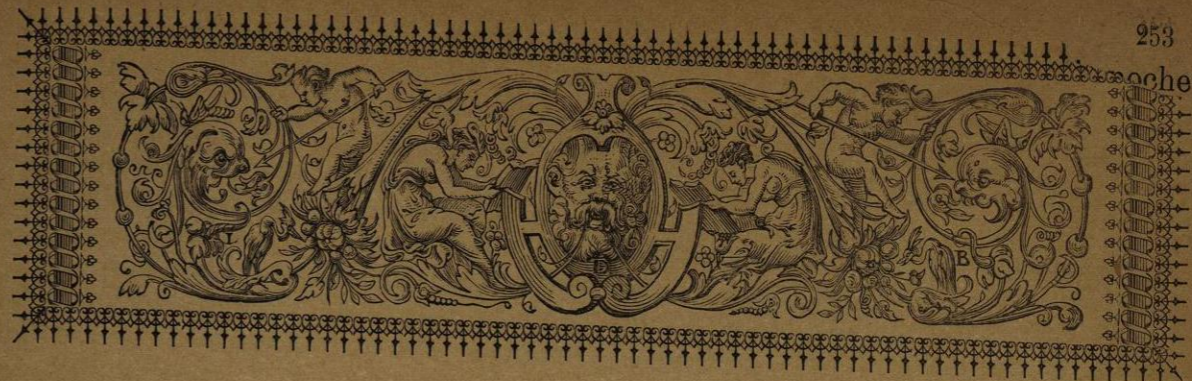
EL SEÑOR GORDO.—Dichosos tiempos! Ahora las costumbres son horribles y los libros tambien; pues como dijo

Boileau: "*Et la chute des arts suit la décadence des mœurs.*"  
 EL FILÓSOFO (al POETA).—¿No se cena en esta casa?  
 EL POETA ELEGÍACO.—Sí; en seguida.  
 EL SEÑOR DELGADO.—Ahora tratan de abolir la pena de muerte y con ese ob-

jeto se escriben novelas crueles, inmorales y de mal gusto, como el *Ultimo dia de un reo de muerte*.

EL SEÑOR GORDO.—Basta, señores, y no hablemos más de ese libro...

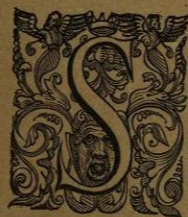
UN LACAYO (entrando).—La señora está ya servida.



## EL ÚLTIMO DIA DE UN REO DE MUERTE.

### I.

Bicetre.



SENTENCIADO á muerte!

Hace ya cinco semanas que vivo solo con este pensamiento, siempre solo con él, frío ante su presencia, encorvado bajo su peso!

En otros tiempos (que años me parecen las semanas) yo era un hombre como los demás. Cada día, cada hora y cada minuto me traía sus ideas, y mi espíritu, joven y rico, estaba lleno de fantasías, divirtiéndome en desarrollarlas unas tras otras, sin orden y sin fin, bordando con inagotables arabescos la ruda y endeble tela de la vida. Veía graciosas jóvenes, escenas rápidas, dignidades honoríficas, batallas ganadas, teatros llenos de luz y de alegría, y otra vez hermosas doncellas y sombríos paseos nocturnos bajo las copas gigantes de los castaños. Siempre era día de fiesta en mi imaginación, y podía pensar en lo que quería, porque era libre.

Ahora me encuentro cautivo; mi cuerpo yace cargado de cadenas en un calabozo y mi espíritu aprisionado en la cárcel de una idea horrible, sangrienta, implacable. No tengo más que un pensamiento, una convicción, una certi-

dumbre... ¡la de estar sentenciado á muerte!

Haga lo que quiera, este pensamiento infernal está siempre en mi presencia, como un espectro de plomo á mi lado, solo y celoso, y privándome de toda distracción, mirándome sin cesar faz á faz, y sacudiéndome con sus dos manos cada vez que le vuelvo la cabeza, ó cada vez que cierro los ojos por no verle. A cualquier parte que quiera huir, la imaginación allí se desliza bajo diferentes formas; se mezcla como un estribillo horrible á todas las palabras que se me dirigen; se adhiere á mí, entrando por la reja repugnante de mi calabozo; me persigue despierto, espía mi sueño convulsivo y se aparece en mis delirios bajo la forma de una cuchilla.

Acabo de despertarme con sobresalto, perseguido por ella y diciéndome:—“Eso es un sueño.” Pues bien, antes que mis pesados ojos tengan tiempo para entreabrirse lo suficiente para ver ese fatal pensamiento, escrito en la horrible realidad que me rodea, sobre la piedra húmeda de mi celda, en los pálidos rayos de mi lámpara de noche, en la trama grosera de mis vestidos, en la figura sombría del soldado de guardia, cuya